y a definirse, por una ley fatal de supervivencia, por los peligros que lo acosan, pueden hacer suya la inefable harmonía de las cosas perfectas, el equilibrio y orden supremo que solo se producen con la propia superación, con el dominio y el control de los propios ímpetus e impaciencias?

Pienso aún más; que ese equilibrio, esa superación, ese orden, la cultura indoamericana, el pensamiento indoamericano, solo podrán hallarlos y encontrarlos dentro de ellos mismos, de su propio ritmo, de su propia vida y desenvolvimiento. Decíale poco antes, que una cultura, a mi entender, es, esencialmente, una actitud humana, casi, aunque talvez a usted le suene a heregía, orgánica, frente a la vida, representa y es para mi, la cultura, una reacción vital de los individuos y las colectividades frente al medio y a las excitaciones procedentes de este medio, y la inmunización, a sus asechanzas y peligros. Esto quiere decir que cada cultura, tiene substancia propia, y una ley, surgida en parte de ella misma, como principio constitutivo, y en parte determinada por las circunstancias ambientes, en su desenvolvimiento y su vida, que dan a cada cultura, a cada uno de los grandes ciclos históricos de la cultura, substancia y características propias, únicas, inconfundibles. Habla usted de la acción anónima de la naturaleza a través de nuestras manos, hasta el punto de empequeñecer la responsabilidad individual, y habla también, de alma colectiva, fuerza impulsora y directriz de la evolución de los grupos humanos. De acuerdo, muy de acuerdo: y porque creo, con usted, que toda cultura es la expresión inconsciente y anónima de esa alma colectiva, creo que todo lo que sea contrariar sus impulsos, todo cuanto pueda alterar o desviar sus libres manifestaciones, todo cuanto pueda torcer su curso, es negar y anular las posibilidades vivas, latentes, potenciales, de una cultura y desviar su impulso vital. ¿Cultura occidental, equilibrio y razon occidentales? Pero, ¿qué afinidad, qué punto de contacto, qué convergencia puede producirse y puede existir entre el sentido de la vida de un indoamericano, sus impulsos y sus pasiones, sus reacciones orgánicas y su mentalidad, y las de un helénico, o un hombre de occidente? ¿Usted crée que cuando lleguemos, que llegaremos, a ese grado superior de orden, de harmonía, que señalan la culminación y la etapa suprema de toda cultura que puede llegar a desenvolverse totalmente, tendremos el mismo sentido de orden, y el mismo módulo de razon, que los helénicos, que las culturas del occidente? ¿No crée usted que hay, constitutivamente, organicamente, diferencias esenciales que han de influir y pesar en la forma, en el producto, en la materia intelectual, en los productos supremos de esas culturas?

Trae usted a contribución, en su carta, la poesía de Whitmann. Esta que usted califica de grosería, que, ciertamente, creo con usted que no es un principio consubstancial del espíritu latino o indoamericano, ¿no será, por ventura, uno de los principios constitutivos de la mentalidad de nuestros vecinos del Norte? Entiéndase que aplico y entiendo aquí esta palabra, grosería, como una forma específica de situarse frente a la vida, de comprenderla, de asimilarla, es decir, como una actitud humana, vital. Por eso creo que la poesía de Whitmann puede ser una expresión acabada y perfecta de la mentalidad nordeña. De acuerdo con usted en este punto como en tantos otros en que nuestros pueblos, completamente distintos al Norte por su sangre, por su espíritu, por sus posibilidades humanas, no pueden adoptar ni hacer suyo este patron, ni otro cualquiera, sino que deben arrancarlo y extraerlo de sus propias raíces, de su propia substancia, de su misma vida.

Porque yo creo, amigo Tamayo, que el valor formal y estético de una cultura, su elevación a categoría artís-